
El Faro de los Recuerdos



Desde niña, siempre supe que mi madre, Isabel, tenía una conexión especial con el faro de nuestro pequeño pueblo costero. Para otros era solo una torre solitaria que iluminaba el mar y guiaba a los barcos de regreso a casa, pero para ella era un refugio, una extensión de sí misma. Mi madre vivía y respiraba esa luz. Crecí escuchando sus historias

sobre las noches en que, desde el faro, veía las tormentas y cómo mantenía la calma, sabiendo que su luz ayudaba a otros a encontrar el camino.

Mamá fue la guardiana del faro durante años, y el pueblo entero la conocía como alguien sabio y amable, alguien en quien podías confiar. Desde pequeña yo la admiraba por eso. La recuerdo contándome cómo, de joven, soñaba con ver el mundo desde lo alto de aquella torre y cómo, un día, conoció a mi padre, Mateo. Él era un marinero amable y valiente que le enseñó la tranquilidad de regresar siempre a un lugar seguro. Ella solía decir que Mateo era su puerto en la tormenta, y que desde entonces entendió que el faro no solo era su trabajo, sino su misión.

Con el tiempo, papá falleció, y mamá siguió adelante con el faro y con sus recuerdos, hasta que comenzaron los olvidos. Al principio eran cosas pequeñas: el nombre de una calle, un mensaje importante. A veces olvidaba recetas de cocina que había hecho toda la vida. Yo trataba de restarle importancia, pensando que eran despistes, hasta que un día, al volver de hacer la compra, mamá no pudo recordar el camino a casa. La encontré

en la plaza del pueblo, desorientada, y fue ahí cuando entendí que esto era más serio de lo que pensábamos. Después de varias visitas al médico, nos dieron el diagnóstico: Alzheimer.

Aquella palabra resonó en mi mente como una sentencia. La miré, tratando de imaginar cómo debió sentirse al escucharla. Pero mamá era fuerte. Esa misma noche, cuando volvimos a casa, me sorprendió diciendo que escribiría sus recuerdos en un cuaderno.

“Si mi mente me falla, al menos no dejaré que todo desaparezca”, me dijo con una sonrisa, aunque en sus ojos había tristeza. Sabía que el Alzheimer avanzaría, pero ella estaba decidida a mantener su vida y sus recuerdos vivos, aunque fuera en esas páginas.



Así fue como empezó a llenar aquel cuaderno, noche tras noche. Yo la veía escribir, concentrada, sus manos temblando a veces pero sin detenerse. Describía su infancia, los días junto al mar, el día en que conoció a papá, los momentos que compartieron en el faro. Me conmovía verla escribir con tanta determinación. Era como si luchara contra el olvido, aferrándose a cada palabra. Mientras tanto, la enfermedad avanzaba, y cada día le costaba más recordar detalles básicos. Hubo días en que ya no me reconocía, y en otras ocasiones confundía a mi hijo Andrés con alguien del pasado. Pero yo me mantenía firme a su lado, con la esperanza de que en algún rincón de su mente aún estuvieran guardados nuestros recuerdos.

Una tarde, mientras mirábamos el océano juntas, Andrés nos acompañaba y le preguntó a mamá: “Abuela, ¿por qué a veces no sabes quién soy?”. Ella lo miró con ternura, como

si tratara de encontrar las palabras. “A veces, mi memoria se va, como las olas en la orilla. Pero aunque no siempre recuerde tu nombre, aquí dentro” —dijo llevándose la mano al pecho— “siempre sé que te quiero”. Andrés la abrazó con fuerza, y yo sentí un nudo en la garganta. Mamá podría olvidar nuestros rostros, nuestros nombres, pero el amor que sentía por nosotros parecía estar más allá de la enfermedad.



A medida que pasaba el tiempo, su conexión con la realidad se iba apagando, como una vela que pierde su llama. Hubo un momento en que ya ni siquiera reconocía su propio hogar. Se perdía en habitaciones que había conocido toda su vida. Sin embargo, algo parecía mantenerla unida al faro. A pesar de que ya no podía recordarnos a todos, el faro seguía siendo su ancla. No importaba cuántos recuerdos se desvanecieran, siempre reconocía aquella torre que había iluminado tantas noches de su vida.

Sabiendo cuánto significaba para ella, decidí llevarla al faro una última vez. El viaje fue silencioso. Mamá miraba por la ventana, como si buscara algo en el horizonte. Cuando



llegamos, observó el faro con una expresión de paz. Acarició las paredes de piedra, recorriéndolas con sus dedos, y era como si reconociera a un viejo amigo. Cuando empezamos a subir las escaleras, su mano temblorosa se aferró a la mía, y sus pasos parecían inseguros, pero avanzaba con una determinación tranquila.

Al llegar a la cima, contemplamos juntas el océano y la luz que iluminaba el mar. Mamá sonrió, una sonrisa tranquila que me recordó a sus mejores días, a cuando estaba completa y su mente era tan clara como las aguas bajo el faro. Permanecimos ahí, en silencio, dejando que el momento nos envolviera. Supe entonces que, en algún rincón de su memoria, ese lugar seguía intacto.

Esa noche, después de regresar a casa, esperé a que se quedara dormida y me senté a su lado, abriendo el cuaderno. Empecé a leer en voz baja, recordando con cada palabra los momentos que habíamos compartido, las historias que ella me había contado de niña. Leí sobre su primera vez en el faro, cuando decidió que su misión en la vida sería guiar a los marineros y asegurarse de que nadie se perdiera en el mar. Aunque ella ya no respondía, parecía en paz, y yo sentí que, de algún modo, la historia aún estaba viva en su interior.



Después de que mamá partió, Andrés y yo seguimos visitando el faro en su honor. Cada vez que la luz iluminaba el mar, sentía que ella seguía allí, guiándonos, recordándonos que, aunque sus recuerdos se hayan desvanecido, su amor perduraba. El cuaderno se convirtió en nuestro tesoro familiar, una guía para mantener viva su memoria y una forma de honrar el faro que ella fue en nuestras vidas.

Ahora, cada vez que miro el faro brillar en la distancia, sé que su luz es algo más que un simple recuerdo. Es la prueba de que mamá, con su amor y su vida, sigue siendo nuestro faro, incluso en la oscuridad.